

Primer Misterio: El Anuncio del Ángel y la Encarnación del Verbo

El Hijo de Dios, con su Encarnación, se ha unido en cierto modo con el hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado. ¡Él, el Redentor del hombre!¹

Por consiguiente, la Anunciación es la revelación del misterio de la Encarnación al comienzo mismo de su cumplimiento en la Tierra. María es la «llena de gracia» porque la Encarnación del Verbo, la unión hipostática del Hijo de Dios con la naturaleza humana, se realiza y cumple precisamente en Ella. Como afirmó el Concilio Vaticano II, María es «Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo; con un don de gracia tan eximia, antecede con mucho a todas las criaturas celestiales y terrenas»².

En el designio salvífico de la santísima Trinidad, el misterio de la Encarnación constituye el cumplimiento sobreabundante de la promesa hecha por Dios a los hombres después del pecado original, cuyos efectos pesan sobre toda la historia de la Humanidad (cf. *Gn* 3, 15). Viene al mundo un Hijo, el «linaje de la Mujer» que derrotará el mal del pecado en su misma raíz: «aplastará la cabeza de la serpiente». Como resulta de las palabras del protoevangelio, en el capítulo 3 del *Génesis*, la victoria del Hijo de la Mujer no sucederá sin una dura lucha, que penetrará toda la historia humana. ¡Con qué hermosas y esperanzadoras palabras hablaba el Señor sobre esta realidad en el mensaje de 4 de julio de 1987!: «¡Y Ella reinará sobre todos los hombres! ¡Y aplastará la cabeza del enemigo! Id a María, hijos míos, que María es la Puerta de la eternidad».

¹ Cf. *Redemptor hominis*, 8.

² *Lumen Gentium*, 53.

Segundo Misterio: La Visitación de María Santísima a santa Isabel

Poco después de lo narrado en la Anunciación, el evangelista Lucas nos guía tras los pasos de la Virgen de Nazaret hacia «una ciudad de Judá» (*Lc* 1, 39). Según los estudiosos, esta ciudad debería ser la actual Ain-Karim, situada entre las montañas, no distante de Jerusalén. María llegó allí «con prontitud» para visitar a Isabel. Así pues, nuestra Señora, movida por la caridad, se dirige a la casa de su pariente. Cuando entra, Isabel, al responder a su saludo y sintiendo saltar de gozo al niño en su seno, «llena de Espíritu Santo», saluda a María en alta voz: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno» (*Lc* 1, 40-42). Esta exclamación entraría posteriormente en el Avemaría, como una continuación del saludo del ángel, convirtiéndose así en una de las plegarias más rezadas entre los fieles. Pero más significativas son todavía las palabras de Isabel en la pregunta que sigue: «¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí?» (*Lc* 1, 43). Isabel da testimonio de María: reconoce y proclama que se encuentra ante la Madre del Señor, la Madre del Mesías. De este testimonio participa también el hijo que Isabel lleva en su seno: «saltó de gozo el niño en mi seno» (*Lc* 1, 44). El niño es el futuro Juan el Bautista, que en el Jordán allanará los caminos al Mesías.

La Virgen es ejemplo de amor solícito; practica la virtud de la caridad en la Visitación. ¿Hemos pensado alguna vez que, además del prójimo, hay Alguien que espera nuestra vista y necesita de nuestro amor? Jesús, en el Sagrario, se encuentra tantas veces necesitado de amor hacia Él: «*Por el amor de las almas estoy prisionero en la Eucaristía —clamaba el Señor en un mensaje—; pero ¡qué desagradecidos son muchos! ¡Cuántas veces pido consuelo a muchos corazones para que vengan a consolarme y me rechazan!*»³.

³ 12-2-1982.

Tercer Misterio: El Nacimiento del Hijo de Dios en Belén

El nacimiento se dio en una situación de extrema pobreza. Sabemos por *San Lucas* que, con ocasión del censo de la población ordenado por las autoridades romanas, María se dirigió con José a Belén; no habiendo encontrado «sitio en el alojamiento», dio a luz a su Hijo en un establo y «le acostó en un pesebre» (*Lc 2,7*).

San Juan, en el prólogo de su Evangelio, resume en una sola frase toda la profundidad del misterio de la Encarnación: «Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (*Jn 1, 14*). Del Hijo unigénito, Dios de Dios, el apóstol Pablo escribe que es «primogénito de toda la Creación» (*Col 1, 15*). Dios crea el mundo por medio del Verbo. El Verbo es la Sabiduría eterna, el Pensamiento y la Imagen sustancial de Dios, «resplandor de su gloria e impronta de su sustancia» (*Hb 1, 3*). Él, engendrado eternamente, y eternamente amado por el Padre, como Dios de Dios y Luz de Luz, es el principio y el modelo de todas las cosas creadas por Dios en el tiempo.

¡Qué misterio el de un Dios que se hace hombre y niño indefenso! ¡Con qué belleza y profundidad hablaba el Señor acerca de este misterio en el mensaje de 7 de diciembre de 1991!: «Yo soy el Hijo de Dios vivo. Yo, como un gigante, di un salto del Cielo a la Tierra; dejé mi Patria y vine a sufrir a la Tierra, para que el hombre dejase de ser siervo y para llamarle amigo. Yo dejé que mi costado fuese abierto y en él se abriese un canal donde los hombres bebiesen y se saciasen de él».

Cuarto Misterio: La Presentación del Niño Jesús en el Templo y Purificación de la Virgen María

A través del camino de la obediencia en la fe, María escucha las palabras pronunciadas por Simeón en el templo de Jerusalén. Cuarenta días después del nacimiento de Jesús, según lo prescrito por la ley de Moisés, María y José «llevaron al Niño a Jerusalén para presentarle al Señor» (Lc 2, 22). Un hombre justo y piadoso, llamado Simeón, aparece al comienzo del «itinerario» de la fe de María. Sus palabras, sugeridas por el Espíritu Santo (cf. Lc 2, 25-27), confirman la verdad de la Anunciación. Leemos, en efecto, que «tomó en brazos» al Niño, al que —según la orden del ángel— «se le dio el nombre de Jesús» (cf. Lc 2, 21). El discurso de Simeón es conforme al significado de este nombre, que quiere decir Salvador: «Dios es la salvación». Vuelto al Señor, dice emocionado: «Porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel» (Lc 2, 30-32).

Al mismo tiempo, sin embargo, Simeón se dirige a María con palabras que traspasan su Corazón Inmaculado: «Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción, a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones»; y añade con referencia directa a la Virgen: «Y a Ti misma una espada te atravesará el alma» (Lc 2, 34-35); dolor que culminaría en el Calvario. Así lo explicaba la Madre de Dios en el mensaje de 5 de octubre de 1996: «...mi Corazón se traspasó de dolor cuando en mis brazos pusieron a mi Hijo, desgarrado, ensangrentado. Mi Corazón se traspasó por un dolor tan inmenso, hija mía, que no sólo me duró ese día, sino que me quedó para toda la vida; por eso soy la Virgen Dolorosa».

Quinto Misterio: El Niño Jesús perdido y hallado en el Templo

En esta escena evangélica, narrada por *San Lucas*, a la pregunta de la Madre: «¿Por qué has hecho esto?», Jesús, que tenía doce años, responde: «¿No sabíais que yo tenía que estar en la casa de mi Padre?», y el evangelista añade: «Pero ellos — José y María— no comprendieron la respuesta que les dio» (*Lc* 2, 48-50). Por lo tanto, Jesús tenía conciencia de que «nadie conoce bien al Hijo sino el Padre» (cf. *Mt* 11, 27), tanto que aun aquella a la cual había sido revelado más profundamente el misterio de su filiación divina, su Madre, vivía en la intimidad con este misterio sólo por medio de la fe. Hallándose al lado del Hijo, bajo un mismo techo y «manteniendo fielmente la unión con su Hijo», avanzaba «en la peregrinación de la fe», como subraya el Concilio Vaticano II⁴. Y así sucedió a lo largo de la vida pública de Cristo (cf. *Mc* 3, 21, 35), de donde, día tras día, se cumplía en Ella la bendición pronunciada por Isabel en la visitación: «Feliz la que ha creído»⁵.

Jesús volvió de Jerusalén a Nazaret con María y José, donde vivió sujeto a ellos (cf. *Lc* 2, 51). Sobre este período, antes de iniciar la predicación pública, el Evangelio señala sólo que «progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (*Lc* 2, 52). Pidamos al Señor, por medio del Inmaculado Corazón de María, crecer en virtud, para cumplir así en nuestras vidas la voluntad de Dios, como la cumplieron siempre con fidelidad Jesús, María y José.

⁴ Cf. *Lumen Gentium*, 58.

⁵ Cf. *Redemptoris Mater*, 17.